

Título original: *Un petó de mandarina*

© Del texto: Eulàlia Canal, 2006, 2016
© De las ilustraciones: Sara Ruano, 2006, 2016
© De la traducción: Marinella Terzi, 2016
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2016
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Primera edición, marzo 2016

Diseño: Manuel Estrada

ISBN: 978-84-698-0872-6
Depósito legal: M-3488-2016

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en su *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Canal, Eulàlia
Un beso de mandarina / Eulàlia Canal ;
ilustraciones de Sara Ruano ; traducción de Marinella
Terzi. — Madrid : Anaya, 2016
160 p. : il. b/n. ; 20 cm. — (Sopa de Libros ; 181)
ISBN 978-84-698-0872-6
1. Amor. 2. Pacifismo.
I. Ruano, Sara , il. II. Terzi, Marinella, trad.
087.5: 821.134.1-3



SOPA DE LIBROS

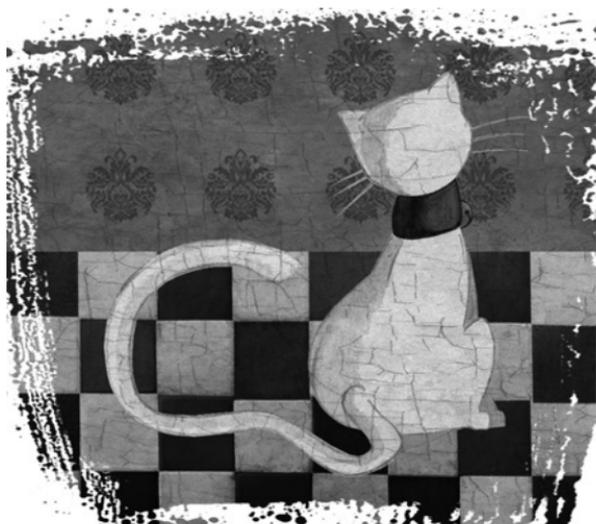
Eulàlia Canal

Un beso de mandarina

Ilustraciones
de Sara Ruano

Traducción de Marinella Terzi

ANAYA



*A mis hijos,
Ada, Ona y Nil.*

1

EL PRIMER DÍA QUE LA VI

El primer día que la vi le ondeaba el pelo.
Era curioso porque no hacía nada de viento.
Yo no lo entendía.

Estábamos en clase y la Espinosa explicaba la ley de la gravedad. Yo, que quería saltar hasta las nubes para probarlas, no podía hacer nada, la fuerza de la gravedad me condenaba a permanecer con los pies pegados al suelo.

Pero a ella, que estaba sentada justo delante de mí, el pelo le ondeaba como las olas bajo el sol y sonreía con los ojos fijos más allá de la ventana.

A la hora del recreo se sentó en el arenero con las piernas cruzadas como una india y comía cerezas con hueso. Quiero decir que se tragaba los huesos.

Ricki me vino a buscar para jugar al fútbol, les faltaba un portero y pensaron que podía ser yo.

Una idea genial, ¿eh?... Pues no.

Aquel no era precisamente mi mejor día. No veía ni la pelota, ni a mis compañeros de equipo. Solo la veía a ella.

Ella había terminado de desayunar y leía un libro del grosor de un palmo.

—¡Gooooool! —gritaron ellos.

¡Glups! Me acababan de meter un gol por debajo de las piernas.

Pero el gol me daba igual, mucho peor fueron las caras largas y los insultos de mis compañeros de equipo: «pedazo de animal, tienes los ojos en el culo o qué, tonto de remate, burro más que burro...».

Ella no levantó la vista del libro.

Cuando sonó el timbre para volver a clase, vi cómo doblaba el libro como si fuera un pañuelo y se lo metía en el bolsillo.

Claudia me dijo que se llamaba Vanina y que venía de un país lejano.

Volví caminando a casa, sin ninguna prisa, atravesando el parque.

Me paré para sentarme en el banco azul,
bajo el sauce llorón.
Quería conocerla.

2

LOS COLEGAS DE RICKI

12

Unas voces me sacaron de mi ensimismamiento. Era Ricki que venía con sus tres colegas: Ojodecristal, Rufus y Tifus. Los tres eran mayores que nosotros. Ojodecristal caminaba y cantaba al ritmo de una música que le sonaba en las orejas. Rufus y Tifus cargaban con una papelera del parque y se reían, mientras la hacían volar de unas manos a otras como si se tratara de una pelota de rugby. Sabía cómo las gastaban e intuí que mi futuro inmediato estaba en peligro.

—Eh, mira, Tavi ha ocupado nuestro banco —dijo Rufus, que lucía una pequeña cicatriz con forma de siete en la mejilla.

—Niño, ¿no sabes que este banco es propiedad privada? —dijo Tifus, mostrando la calavera que llevaba tatuada en el brazo.

—No os preocupéis, ya me iba —respondí levantándome.

—No tan deprisa —ladró Ojodecristal apagando la música.

Yo quería salir corriendo, pero las piernas no me respondían.

—¿Acaso llegas tarde? —dijo Rufus con sorna.

—Mira, nos ha dejado el banco hecho un asco —refunfuñó Ojodecristal.

—¿No sabes que este banco solo lo podemos ensuciar nosotros? —añadió Tifus.

—Bueno, eso no es problema, que lo limpie con la lengua, porque tienes lengua, ¿no? —me amenazó Rufus.

Y entonces, antes de que pudiera salir por piernas, Rufus me agarró por la nuca y me incrustó la cara en el banco.

Ricki y los otros se reían, y me habría tragado hormigas, barro, ceniza, gasolina y todos los virus que os podáis imaginar si no fuera porque Ricki se puso a gritar:

—¡Vanina!

Rufus me soltó y los cuatro, como si nunca hubieran roto un plato, se sentaron en el ban-

co para verla pasar, y se olvidaron de mí. Yo aproveché para huir, pues para qué os quiero. De ninguna de las maneras quería que Vanina me viera en aquella situación.



